

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1955

Núm. 1032

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7-1.º Telf. 3988

GIJÓN

De la morfina a la eternidad

Aquella última vez el médico había venido desalentado.

Aunque eso era, al fin y al cabo, lo que le daba de comer, estaba ya harto de auscultar aquel cadáver, de aplicar las orejas a las salientes asperezas de las costillas para comprobar—lo que saltaba a la vista—que los pulmones estaban deshechos y que el joven Edmundo de Gardeney no tenía vida más que para veinticuatro horas.

Así hoy, se decide a no disfrazar nada de la verdad, y apartando al padre se lo lleva al rincón de una ventana.

—Es el fin—le murmura francamente— He tenido que subir hasta el codo para encontrarle el pulso... Por otra parte, ¡véalo usted mismo!

Y componiendo su rostro, el doctor vuelve a la cama, coge la mano del joven oficial y, ante el padre, sube sus dedos la piel del dorso, la que, en vez de volver a bajarse de golpe, como en plena juventud y vida, se queda perezosamente en el aire. Y los dos hombres cambian una mirada que lo dice todo.

—¿Cómo me encuentra usted, doctor?— murmura el enfermo, inquieto ante esta maniobra.

—Mejor, amigo mío.

—¡Diantre!... Es preciso dar al tiempo— añade el padre— ¡Tiempo al tiempo!...

En el salón.

El médico se pone los guantes en medio de toda la familia: padre, madre, esposa, hermanas, tíos, tías, criadas...

—Si ustedes se proponen que se confiese... ha llegado la ocasión.

—¡Oh, todavía no! Eso le mataría.— exclama la esposa

—Como ustedes quieran... se lo digo porque creo un deber advertírselo.

—Perfectamente, doctor, y nos quedamos tristemente reconocidos...

—Tengo el gusto de saludarles...

—¿Cuándo volverá usted, doctor?

—No volveré más si no me llaman.

—¿Verdaderamente está tan mal?

—Lo repito... ¡está peor que mal!

Y el médico se va, pero al pasar por

la puerta, encendiendo su cigarro, repite las palabras de la esposa: «Eso lo mataría». Y se encoge de hombros con un gesto de suprema compasión.

El salón se ha convertido como en los bastidores de un teatro. La escena es la alcoba, en la que el moribundo agoniza empapado en sudor.

Antes de penetrar en la alcoba se miran en el espejo, se lavan los ojos, se empolvan las mejillas para borrar el coloreamiento dejado por las lágrimas, se cuidan de cómo han de presentarse

—Buenos días, Edmundo

—Buenos días—exhala dolorosamente el enfermo.

—¿Cómo va ese apetito? ¿Comerás algo? El mueve la cabeza con aire cansado.

—No te extrañe... es muy natural. No gastas fuerzas... no se hace sentir la necesidad de repararlas. Cuando quieras un dedo de leche, un huevo pasado por agua, no tienes más que hacer una señal.

Un cuarto de hora después, la esposa que se aproxima.

—¿Qué tal, Edmundo?

—¡...!

—Es natural que no te sientas mejor... hace un tiempo atroz... llueve enteramente hielo, las paredes rezuman humedad... Yo, que estoy buena, no puedo parar de dolores en todo el cuerpo.

Otro cuarto de hora más tarde, el tío.

—¿Cómo va, muchacho? No tienes muy buen aspecto, los reumas descuidados duran bastante. Es sabido... Pero el barómetro está subiendo y su subida es alivio para los reumáticos.

Luego entran en turno las tres tías.

—¿Quiéres una tisana?... Tienes menos calentura que ayer... no lo dudes.

—¡Espera! Voy a arreglarte las almohadas... ¡Así!...

Y como en aquel momento, se tira hacia atrás en un acceso de crisis:

—Eso no es nada, hombre.

—Pero, en resumen ¿Estoy en peligro?

Y las tres tías levantan sus seis bra-

zos en el aire con un gesto indignado de protesta.

—¿En peligro?... ¡No digas tales horrores! Nos destrozás el corazón con tus fantasías... El médico te ha encontrado mejor que ayer, ¿por qué das asilo en la cabeza a tan negras ideas? ¡No es de suponer que tengas miedo!

—No, no lo tengo—dijo el joven con los ojos brillantes de fiebre.—Por eso mismo quisiera saber...

—Lo repito... Lo que tienes es un reuma descuidado y nada más... ¿quién no ha padecido uno en su vida en tales condiciones? Pero, sobre todo, no digas semejantes desatinos delante de tu mujer o de tus padres... ¡Es curioso!... Los hombres, aunque sean oficiales, no saben soportar nada. Por más que gasten un gran sable golpeándoles, en el punto y hora que se ven obligados a beber un poco de malvavisco, en el acto se creen perdidos... ¿en peligro? ¡Te has vuelto loco! Lo que vamos a prepararte es la maleta para que te vayas a Cannes...

Las siete de la tarde; todo el mundo está sobre la mesa.

Juanita, de diez años, la hermana de Edmundo, ha venido a comerse el postre a su lado. Ambos se hallan enteramente solos, sintiéndose el enfermo más tranquilo viendo ante él esa plácida figura de niña, que ignorante de las comedias de la vida, le mira con sus grandes ojos apenados, llenos de una compasión que no piensa ocultar.

La pequeña come un racimo de uvas.

—¿Quiéres darme una uva, Juanita?

Y mientras con sus deditos inhábiles, le hace engullir el racimo grano a grano; él estrecha a la niña contra su pecho.

—Oye, Juanita... Yo soy buen cristiano y no quisiera marcharme como un perro... ¿No es verdad que estoy muy malito?

—...

—Responde, Juanita.

Y la pequeña se abrazó, llorando.

—¡Pues sí que lo estás!

—Todo el mundo lo dice, ¿verdad?

—Sí—murmura la niña, que no sabe mentir.

—Me muero, ¿no es verdad?

—¡Quizá hoy! Papá ha dicho hace un momento,

—¡Ya me lo recelaba!... Siempre la misma comedia. ¡Me creen un cobarde!

Y pensando, no en la muerte, sino en el sobrenatural peligro que corre, en el abismo espantoso que se le obliga estúpidamente a sortear, Edmundo palidece, sus ojos parecen agrandarse más, sus manos no cesan de escarbar en la colcha y todo se mueve a su alrededor.

Juanita sale espantada,

—¡Un ataque!... ¡Un ataque a mi hermano!

La familia en masa se precipita en la alcoba.

El enfermo se repone en seguida de su instante de debilidad, pero ya le han dado una inyección de morfina, triplicando la dosis.

Y en este ser, en el cual se perfila la sombra de la muerte que avanza, ocurre un fenómeno extraño... El alma, advertida de la alármante noticia, ha reaccionado de repente y pide a toda costa un sacerdote; pero el cuerpo, amodorrado por la morfina, no obedece a su voz, y el alma, consciente de la suprema partida que se juega, acecha airosamente el primer instante en que, pasando la acción del narcótico, podrá ejecutar su voluntad.

Pero, ¡horror!, los movimientos febriles que imprime a los miembros en su impaciencia de hablar son interpretados como una expresión de sufrimiento.

—El ataque le vuelvel—exclama una especie de doncella, que se jacta con el nombre de enfermera porque mondó un tiempo las zanahorias de un hospital.

Estas palabras: «¡le vuelvel», enloquecen a todo el mundo, y se le pone una segunda inyección, y una tercera.

Y el alma se da cuenta de la espantosa situación...

Ve que el cuerpo bebe la muerte insensiblemente, sin sufrimiento, y que se duerme del todo sin pensar en el alma, que aun encierra viva como un ser palpitante de salud que se clavara en una tumba.

A veces uno de esos inconscientes se inclina sobre él:

—¡Edmundo! ¿Sufres?...

Y haciendo esfuerzos espantosos para sacudir la parálisis de sus miembros, el alma del desgraciado quiere gritar:

«¡De eso se trata! ¡Un sacerdote, por piedad!».

Juanita, sin embargo, traduce su pensamiento:

—¿Por qué no viene el señor cura?

—¿Quieres callarte?—exclama el padre—Habla más bajo... Un sacerdote, revestido con su estola y sus cirios...

—¿Quieres matar a tu hermano?

—¡Sin embargo!...—arriesga una de las tías.

—No... ¡al instantel... Cuando vuelva en sí,

—¡Oh, no!... ¡Ahora!...

—De ningún modo... Después de todo... si él hubiera querido un sacerdote. ¡!!!...??? Lo hubiera pedido.

PIEPRE L'ERMITE

La arqueta que más pesa

No recuerdo bien quién me lo contó a mí, siendo niño; pero me gustó tanto que os lo voy a referir.

No sé a ciencia cierta si fué en Persia o en la Arabia, donde había un rey poderoso, a quien le dió por filosofar.

Filosofar es tratar de averiguar la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas. De modo que cuando preguntáis esa serie interminable de «por qué», que en tanto aprieto ponen a veces a los papás y a las manías, estáis filosofando.

El caso es que el buen rey se sentaba en el trono, se cogía la regia testa con las manos y empezaba a discutir horas y horas, hasta que un cortesano hacía sonar un «gong» que le sacaba de sus cavilaciones y le volvía a la vida real. Otras veces colocaba a sus pies una calavera pelada y amarillenta, y aquel rey que podía asfixiar a una persona colocándola en pie y derramándole relucientes rupias a modo de cascada sobre la cabeza; aquel rey que hacía cegar al Sol con el brillo de las cúpulas de su palacio; aquel rey que con un gesto paralizaba los veleros de alas de púrpura o hacía gemir a los comerciantes de quince ciudades; aquel rey que tenía en sus cuadras de mármoles y jaspes trescientos elefantes; aquel rey, digo, al contemplar las cuencas vacías de la calavera, que parece que todavía miraban, acababa por sollozar, mientras, repetía insistentemente: «Somos una miserable gusanera que huele mal; aunque la cubramos con todo el oro del mundo».

Tal era Nemrod, el rey filósofo de aquellas calendas.

Pero Nemrod tenía tres hijos, cuyas risas eran melodía en medio de las luminosas cadencias de sus jardines. Y estos tres hijos crecieron sanos, ágiles y robustos, llegándoles ya la edad de reflexionar y filosofar como su padre.

Y así como ahora decimos que «cada maestrillo tiene su librillo», así Nemrod pensaba aquellos días en los métodos pedagógicos más prácticos y eficientes para que quedara en ellos bien grabada la lección honda y profunda, que les pensaba dar. Y por fin una mañana se sentó solemnemente en el sillón de ónice, plata y madera de sándalo, que le servía de trono en las audiencias. Más de cien cortesanos y magnates, sabios, poetas, y conquistadores se situaron a su alrededor. Palaciegos y lacayos en gran número esperaban sus órdenes, y a una señal de Nemrod, sus esclavos colocaron sobre tres taburetes, otras tantas arquetas selladas con el sello real.

Anforas y tibores con deliciosas plantas exóticas y pebeteros que destrenzaban volutas de exquisitos inciensos; adornaban aquel salón, digno de un cuento de las «Mil y una noche». Una clepsidra desgranaba su arena frente a la calavera, que en medio del fausto regío de aquella hacía pensar en un misterioso «más allá».

Y entraron los tres hijos, seguidos de sus ayos y preceptores, besaron respetuosamente la mano de su padre y se colocaron frente a las tres arquetas misteriosas.

El rey les dirigió la palabra: «Aquí tenéis tres arquetas, una de oro, otra de

ámbar y la tercera, de barro. Sobre ellas veis esos letreros que antes de elegir incitan a la más seria meditación. La de oro dice Imperio; la de ámbar Gloria; y la de barro no tiene ningún título exterior. La responsabilidad del hombre es muy grande ante estas palabras. Quiero por tanto que escojáis la arqueta, que a vuestro parecer encierra el tesoro de mayor valor. Meditad y escoged».

Se adelantó el mayor y escogió la arqueta de oro, verdadera filigrana que ostentaba en letras refulgentes aquel Imperio, que al joven príncipe le hacía soñar sus sueños de oro.

El segundo tomó sonriente aquella maravilla de arabescos y figulinas, que era la arqueta de ámbar; en la que se leía en sugestivas letras de relieve el título fascinador de Gloria. Y el tercero cogió la única arqueta que quedaba, la de barro.

Nemrod contemplaba el rostro de sus hijos, queriendo adivinar sus internas emociones.

La curiosidad por conocer su misterioso contenido era muy grande en todos.

—Podéis romper los sellos y abrirlas, dijo a sus hijos.

Y entonces toda la Corte contempló con asombro y extrañeza que la arqueta de oro, en la que campeaba la palabra Imperio, estaba llena de sangre. Que la arqueta de ámbar, con taraceas de Gloria, estaba llena de ceniza humana, recogida en el basurero del mundo; mientras que la arqueta de barro lucía en su fondo el santo nombre de Dios, que el alfarero había modelado en la frágil arcilla.

Se oyó de nuevo el retumbante sonido de aquel sonoro «gong» y, en medio de un silencio impresionante, preguntó el monarca a toda la Corte:

—¿Cuál de estas arquetas pesa más?

El coro de ambiciosos contestó que la de oro. Los poetas y conquistadores se decidieron por la de ámbar. Pero los sabios dijeron, unánimes, que la arqueta vacía, porque una sola letra del nombre de Dios pesaba más que el globo del mundo.

Después de escuchar todos los pareceres, aquel rey que había meditado profundamente su lección, dijo: «Yo deletreo el alfabeto luminoso de los astros. En la aurora y en el ocaso, en el fragor de las tempestades y en la música de las brisas, en el mar encrespado de fosforescentes surcos de esmeralda, en la encendida pupila del tigre, y en el oro de los trigales, yo veo a Dios».

Los sabios y poetas asistían entusiasmados.

Nemrod continuó: «Pero no es la existencia y Providencia de Dios, a quien adoro, el fin de esta lección de filosofía; la lección encerrada en esta arqueta de barro os la voy a descifrar: Hijos míos, fieles vasallos y sabios de mi reino, atended: Esta arqueta de barro, por lo frágil, es retrato fiel de nuestro cuerpo, que también es frágil y quebradizo; pero en el fondo de ella aparece Dios, que le da un valor infinito; así nuestra alma, cuando está en gracia de Dios, informando nuestro cuerpo, tiene un valor infinito, que no tiene comparación con todos los bienes acumulados del mundo.

«El oro se derrite, el ámbar se deteriora, el barro se quiebra; sólo Dios es in-

mortal y el alma creada a su imagen y semejanza. Esta es la que hay que salvar. Fallaron bien los sabios de mi reino».

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Durante los años de predicación de Jesús de Nazaret, los que le seguían, además de escuchar con admiración las palabras del Maestro, veían con asombro, cómo de Jesús salía virtud y gracia que sanaba a cuantos le tocaban.

Por eso, alguna vez leemos en el Evangelio que decía:

—¿Quién es el que ha tocado mis vestidos? Porque yo he conocido que de Mí ha salido virtud.

Y la mujer enferma sintió en su cuerpo la salud y la gracia de Dios.

Alma de Dios, que sientes sobre tí el peso de la vida, que las obligaciones te agobian, que el deber te absorbe todos los momentos del día, que las necesidades pesan sobre tí y los tuyos con gran dolor de tu corazón y de tu cuerpo que se agota. El, te está mirando, sigue tus pasos, conoce tus preocupaciones mejor que los tuyos, sabe de tus inquietudes, ve tus intenciones, no creas que te tiene abandonado; su mirada no se aparta de tí y El es quien apoya su mano en tu frente y deja oír su voz con unas palabras de aliento y de consuelo, cuando llegas rendido por la fatiga y el agotamiento en las horas de la noche y en aquella soledad donde tan cerca estás de El.

¿No sientes en ese momento su compañía? ¿No percibes sus palabras de amor y de consuelo? ¿No experimentas dentro de tí una fuerza superior que te eleva por encima de las miserias del mundo? Llegas hasta El, y al tocar sus vestidos impalpables, algo te dice que en todo momento está a tu lado y ve... ve tus dolores, tus sufrimientos, tus desengaños, tus trabajos y tu fé inquebrantable que es lo que te da la vida, para seguir luchando, para continuar en tu puesto y en el fiel cumplimiento de tus obligaciones.

Entonces, sientes dentro de tí, que ha entrado gracia en tu cuerpo, vida nueva en tu alma, y la gracia de Dios, obra el milagro de levantar tu espíritu para continuar los duros caminos de la vida, confiando en que El camina contigo, y una justicia, mejor que la justicia de los hombres, será quien juzgue tus actos y premie tus virtudes.

Escucha, escucha el eco de las palabras que El pronunció en aquella montaña histórica, que fueron oídas por una multitud que sintió en su alma un consuelo y una fuerza tan grande que a los pobres de espíritu les hizo fuertes, a los mansos los hizo poderosos, a los que lloraban, les dió un gran consuelo, a los hambrientos les hizo hartos, e hizo mejores y más perfectos, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los pacíficos, llevando la resignación y la energía a aquellos que padecen persecución por la injusticia de los hombres.

Desde aquellos días el hombre ha encontrado en El un remanso de paz y de fuerza que le acerca a Dios y suaviza sus dolores del alma y del cuerpo.

El eco de sus palabras repetidas en el sermón de la montaña llega a nosotros a través de los tiempos, llevando la paz a nuestras almas.

... Y toda la multitud se afanaba por tocarle, porque de El salía virtud que sanaba a todos.

R.

MELODIA DE CRISTAL

Oyendo el "Ave María" de Lourdes

Mientras los labios dicen lo que sienten el corazón, la música desgrana del alma el sentimiento, como gotas que sobre un lago llora una cascada. El agua sincroniza el sonido de nácar de la gota de timbre tembloroso, con la letra del alma.

Con emoción las voces van diciendo cosas sentimentales; la fontana presta a la voz que llora unos sonidos de cristal y de agua, en los que la emoción se transparenta con más exactitud que en las palabras.

En medio de un acorde, caen cuatro notas, sueltas, solitarias, islas de un mar de arpegios, gotas tenues de ámbar, como si de unos ángeles llorando cayesen cuatro lágrimas sobre el mar armonioso de las cuerdas de un arpa. Y se acabó la estrofa durmiéndose una nota en lontananza...

Empieza el estribillo con un torrente azul, de cataratas, que se eleva glorioso, lleno de voz, de gozo y resonancias, ocupando los ámbitos, elevando las almas a alturas de glorioso colorido, enloquecidas, ciegas, exaltadas, cantando «¡Ave María!» con explosiones de alma...

Y de esta exaltación de éxtasis puro, el alma queda exhausta...

Y vuelven de otra estrofa los arpegios, como chorritos de agua sobre el cristal de la laguna inmóvil o como si los rayos de plateada luna, fueran las cuerdas de una lira por ángeles tocada; o cual sonos de esquila que viniera a dar tranquilidad a nuestras almas.

¡Y cómo nuestras almas se adormecen tranquilas, arrulladas por ese tintineo solitario de gotas sueltas de cristal y nácar...!

Hermenegildo Rodríguez

El 1 de enero del próximo año, este periódico cumple sus BODAS DE ORO.

Lo esencial es escuchar

El arte de discutir

Por Stuart CHASE

Supongamos que un sujeto al que acabamos de conocer en una reunión cualquiera, trata de buscarnos pleito y nos dice de buenas a primeras:

—Entiendo que usted es muy partidario de los sindicatos obreros. Pues sepa que no son más que una farsa.

Supongamos, además, que por gozar nosotros de merecida fama de haber estudiado a fondo e imparcialmente la cuestión obrera, tal observación más parece insulto que otra cosa. ¿Qué debemos hacer?

Habría tres caminos que son obvios; y otro que no lo es tanto. Un camino sería abofetear al insolente. Otro camino, volverle la espalda y alejarnos con la mayor compostura y serenidad posibles. Otro más, responder sencillamente: «Usted habla sin saber lo que dice». Daríamos entonces principio a una acalorada discusión. Esto atraería probablemente auditorio, de igual modo que lo atrae un debate callejero. Y como acontece siempre en debates de tal naturaleza, no se llegaría a conclusión alguna.

Aunque lo natural es seguir cualquiera de los tres caminos antedichos, supongamos que en obsequio a la concordia y al triunfo de la verdad decidimos hacer este experimento: Sin abandonar el campo a nuestro inesperado adversario, asumimos actitud más conciliadora de que seamos capaces y no decimos esta boca es mía.

Esto desconcierta a nuestro atacante, pero pronto vuelve a la carga, exclamando: «¡Razón tiene el periodista X cuando dice que los tales sindicatos obreros están en malas manos.

Nosotros continuamos en guardia. El secreto del experimento consiste en no dejarnos arrastrar a una discusión acerca de aparatosas generalidades, que impiden saber a ciencia cierta lo que el otro pretende probar.

—Bueno, ésa es una opinión como otra cualquiera — decimos sosegadamente —. Veamos en qué se funda. Soy todo oídos.

Nuestro contrincante parpadea, traga saliva. Está visiblemente desorientado.

—Pues... el articulista tiene por qué saberlo... ¿no es verdad?

Ahora se está pasando de la ofensiva a la defensiva. Si tenemos la tentación de aprovechar la ventaja, debemos resistirla.

—Vamos, continúe usted — decimos nosotros —. Le escucho.

Y en verdad le escuchamos. Tratamos de averiguar qué razones tiene para expresarse en esa forma.

El hombre abre la boca, la vuelve a cerrar, trata de salirse por la tangente preguntándonos al fin:

—Bueno, muchos creen que los sindicatos obreros son una estafa: ¿qué opina usted?

¡El experimento está dando resultado! Salta a la vista que nuestro hombre ha perdido la iniciativa. Empezó atacando y ahora se bate en retirada. No afirma; nos pide que opinemos. Podemos dejarlo que huya, o llevar hasta el fin nuestro experimento. Supongamos que le hablamos de la extorsión llevada a cabo por cierto sin-

dicato, los pormenores de la cual nos constan por habernos tocado investigarla: «¡Una verdadera vergüenza!» (Hemos puesto en salvo la dignidad de nuestro interlocutor, reconociéndole en parte la razón: hay sin duda sindicatos obreros dirigidos por maleantes.)

—Pero una golondrina no hace verano—añadimos al punto—. Vea usted, por ejemplo, el sindicato de sastres que ha llegado hasta respaldar préstamos bancarios de los patronos para que salgan de opuros. ¿Podrá eso calificarse de extorsión?

Como al comienzo nos mostramos dispuestos a escuchar cuanto nuestro contrincante quiso decirnos, él se siente ahora obligado a prestarnos atención a su vez. Conviene en que el sindicato de sastres es honrado. Confiesa que al expresarse como lo hizo hace poco de todos los sindicatos en general, obedeció quizás a ciertos prejuicios. Pasamos en seguida a tratar, objetivamente, sin apasionamiento, de varios otros casos. Cada cual aprende algo que ignoraba. Y no ha habido altercado, ni animosidad, ni palabras hirientes; tampoco hemos transigido nosotros con lo que no juzgamos razonable.

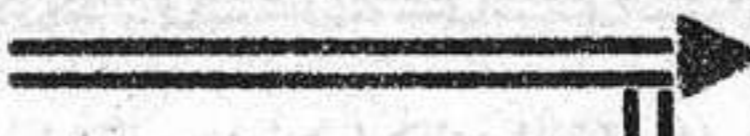
El primero a quien oí esbozar esta ingeniosa táctica en una conversación que sostuvimos en Chicago fué al sociólogo S. I. Haykawa. La he aplicado en buen número de ocasiones, siempre con éxito considerable.

Lo esencial consiste en *escuchar*. No ataque, no contradiga; tampoco transija. Límitese a decir: «Explíquemelo usted. Soy todo oídos».

Observa Bernard Shaw que el grado de apasionamiento de una controversia está en razón inversa del conocimiento del asunto que la motiva. ¡Cuán frecuente es que quienes al discutir se muestran agre-

sivos tengan muy pocos hechos en que fundar su vehemencia! (He notado que la mayoría de esos atacantes quedan sin municiones en cosa de tres minutos.)

Tratar a nuestro impugnador como ser racional que tiene legítimo derecho a sus opiniones, le hace sentir que el concepto que él mismo abriga de su buen criterio no está en tela de juicio; esto le lleva más o menos pronto a querer enterarse de cuál es *nuestra* opinión; y en ese camino, será posible que vaya bastante lejos en lo de transigir.

Comentando 

Contraste de dos culturas

Como título de gloria, y como compensación histórica, nos ha quedado de la cultura helena, el título y la fama de sus famosos Siete Sabios. Ni más, ni menos, de toda aquella amalgama enorme de conocimientos y de principios, en los que encontraron asiento las demás civilizaciones. La altura alcanzada por la cultura griega, es compensada en los nombres de estos siete varones ilustres, a los que el mundo debe tanto. Y ellos son el resumen de todo. Las artes, la literatura, la medicina, los oficios, las ciencias, subieron a un nivel inigualado, y fueron norma para los mismos aspectos en épocas posteriores.

Roma y occidente, allí encontraron la base de sus civilizaciones, y aún nosotros seguimos sujetos a los cánones por los griegos marcados. Poco avanzamos en tantos siglos, y aún si comparamos nuestras obras con las colosales de los griegos, nos encontramos pobres y mezquinos. Y sin embargo...

Grecia luce sus Siete Sabios, y le bastan. Nosotros, presumimos de miles y miles de sabios, y aún nos parecen pocos. Egoistas que somos. Y así nos luce el pelo. En cuanto vemos que uno despunta un poco, le bautizamos de sabio, y apuntamos su nombre entre las nombres gloriosos de los que en realidad tienen verdaderos merecimientos, y que son bien pocos.

La soberbia colectiva pone ante nuestros ojos unas gafas de aumento, que nos hacen ver gigantes en los pigmeos, y que, cegándonos la verdad, nos la deforman de tal manera, que creamos semidioses y sabios por todas partes. Así está el mundo, en el que, de seguir así, lo extraño será encontrar un hombre normal, entre el montón de mentalidades y fenómenos.

¿No será más cierto, que los sabios son muy pocos, y que los demás, que como tales aparecen a nuestros ojos, son mortales vulgares como nosotros? Lo que pasa, es que la vanidad y el autobombo, encumbran a los que mutuamente se interesan en subir, y que la apatía de los demás, les deja el ascensor abierto y funcionando.

Si a Grecia la juzgamos con simpatía por sus Siete Sabios, hoy a cualquiera nación, por pequeña que sea, la juzgaremos por sus cincuenta mil sabios. ¿No es para reírse? Y si, examinamos desapasionadamente la labor de estos seudosabios? ¿Quedaría títire con cabeza? Hagan ustedes la prueba con cualquiera de ellos, y llegarán a la conclusión de que, quitando «los pocos sabios que en el mundo han sido»; que dijo Fray Luis de León, de los otros se puede hacer fácilmente una pelota de goma para ir dándole botes por todos los circos del mundo.

A ver si así nos pasamos la vida riendo.—*Hero*

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)